

pel y escribió. Si Gracia, que estaba en pie detrás de él, hubiera adelantado la cabeza, mientras escribía, por encima de los hombros de su señor, hubiera leído lo siguiente:

“Escribo á Brema para que me proporcionen madera. Tengo citados á varios carpinteros para el avaloro. Quiero que la construcción sea rápida. Tú vé á visitar al dean y procura obtener las dispensas. Deseo que la boda se realice cuanto antes; si puede ser, hoy mismo. Me estoy ocupando de la *Duranda*; ocúpate tú de *Deruchette*.”

Puso la fecha y firmó:

LETHIERRY.

No cerró la carta; la dobló, entregándosela á Gracia.

—Lleva esto á Gilliatt.

—Al Bú de la Calle?

—Al Bú de la Calle.

LIBRO TERCERO.

La partida del «Cashmere».

I.

El Havelet muy cerca de la iglesia.

Las noticias circulan con rapidez en los pueblos pequeños. Desde la salida del sol preocupaba á todos los habitantes de Guernesey ir á ver la máquina de la *Duranda*. Este acontecimiento era la conversación exclusiva de toda la isla y eclipsaba á todas las demás. Nadie se acordaba ya del reverendo Ebenezeer Caudray, de su repentina riqueza ni de su partida en el *Cashmere*. Todos se ocupaban de la salvación de la máquina de vapor, pero nadie creía semejante milagro. El naufragio fué tan extraordinario, que creían imposible el salvamento, y todos necesitaban ver para creer. Largas procesiones de gente de todas las clases sociales, hombres, mujeres, familias enteras con niños, acudían por todos los caminos de las Bravées para cerciorarse de la verdad por sus propios ojos, y dejaron despoblado á Saint-Pierre Port, en cuyo pueblo casi todas las tiendas se cerraron; en el Comercial-Arcade, punto de gran venta y de muchos negocios, quedaron todos paralizados; nadie vendía nada, exceptuando un joyero que vendió una sortija de oro, una sortija matrimonial, á un hombre que le pre-

guntó de un modo muy apremiante dónde vivía el señor dean. Solo permanecían abiertas las tiendas en los puntos de reunión y de charla, en las que se comentaba de mil maneras el milagroso salvamento. Nadie se paseaba en la *Hijoreuse*, llamada actualmente, sin saber por qué, *Cambridge-Park*; nadie había tampoco en *High-Street*, que se llamaba entonces la *Grand Rue*, ni en *Forges*; nadie en *Hauteville*, y hasta la misma *Esplanada* estaba desierta. Parecía domingo. Una alteza real pasando revista á la milicia de la *Aneresse* no hubiera vaciado mejor la población. Tanto bullicio provocado por un nadie como *Gilliatt*, hacia encogerse de hombros á las personas graves y á los hombres correctos.

La iglesia de Saint-Pierre Port, con sus tres cimborios y sus flechas, estaba situada á la orilla del mar, en el fondo del puerto, casi en el mismo desembarcadero. Al mismo tiempo que es parroquia, es el deanato de toda la isla. Tiene por ecónomo al coadjutor del obispo, importante eclesiástico, revestido de plenos poderes.

El ancon de Saint-Pierre Port, que en la actualidad es un puerto muy ancho y muy hermoso, era entonces menos considerable que la ensenada de Saint-Sampson. Le constituían dos murallones gruesos, ciclópeos y curvos, que, partiendo de la playa á estribor y á babor, se juntaban casi en su extremidad, en la que se elevaba un faro. Debajo del faro daba paso á los buques una boca estrecha, que aun conserva la doble argolla de la cadena con que se cerraba en la Edad Media. Las dos patas de una langosta medio abierta dan idea bastante exacta de cómo era el ancon de Saint-Pierre Port. Aquellas patas, que formaban una tenaza, abarcaban un pedazo de mar dentro del abismo y le obligaban á permanecer tranquilo, excepto cuando soplaban el viento del Este, que entonces había marejada en la boca del puerto, se picaba, y no era prudente entrar en él; así lo comprendió el *Cashmere* y por eso fondeó en la rada.

Los buques, cuando reina el viento de Levante, toman este partido, porque además de la seguridad se ahorran los gastos de puerto. En semejantes casos los bateleros que comisionaba la ciudad embarcaban en sus lanchas, ya en el embarcadero, ya en las estaciones de la playa, á los viajeros con sus equipajes, transportándolos á los buques que iban

á partir. El viento del Este es un viento de costado, á propósito para hacer la travesía de Inglaterra.

Cuando la embarcación que iba á partir estaba dentro del puerto, en él se embarcaban todos los pasajeros; pero cuando estaba en la rada, se embarcaban en cualquiera de los puntos de la costa próximos al fondeadero. En todas las ensenadas se encontraban muchos bateleros.

Una de estas ensenadas era el Havelet. Havelet es diminutivo de havre, que significa ancon: estaba cerca de la ciudad, pero era poco frecuentado. Debía su soledad al encajonamiento de los altos acantilados del fuerte George, que le dominaba. Se iba al Havelet por varias sendas. La más directa corría á lo largo de la orilla, y aunque tenía la ventaja de conducir á la ciudad y á la iglesia en menos de cinco minutos, ofrecía el inconveniente de que se cubría de agua dos veces cada día. Las demás sendas se hundían en las escabrosidades de los tajos de las peñas. El Havelet, hasta en pleno día, tenía poca claridad. Allí colgaban de todas partes bloques inclinados. Se enmarañaba, formando una especie de noche apacible entre el desorden de las rocas y de las olas, un bosque de espinos y de malezas; era muy pacífico el Havelet en tiempo de calma, pero muy tumultuoso en los días de tempestad. Muchas de las puntas de sus ramas estaban casi siempre mojadas por la espuma del mar. En la primavera se llenaban de flores, de nidos, de perfumes, de pájaros, de mariposas y de abejas. Los trabajos recientes le han hecho perder su aspecto salvaje, reemplazándole con las hermosas líneas rectas que forman los caseríos, los malecones y los jardines. Se ha desmontado el terreno y el buen gusto ha borrado las extravagancias de las montañas y las incorrecciones de las rocas.

II.

Las desesperaciones cara á cara.

Sobre las diez de la mañana la afluencia de gente iba en aumento en Saint-Sampson. Toda la población, febricitante de curiosidad, se dirigía al Norte de la isla, y el Havelet, que estaba situado al Mediodía, se veía más desierto que nunca.

Solo había allí un batel y un batelero; en el batel descansaba un saco de

noche, y el batelero estaba esperando á alguno.

Distinguíase en la rada el *Cashmere*, que estaba anclado, pero que, como no debía zarpar hasta el medio día, no hacía aun ninguna maniobra para aparcar.

El transeunte que desde cualquiera de las costas del acantilado prestara atención, oiría en el Havelet murmullo de palabras; si se asomase, vería á cierta distancia del batel, en un recodo formado de rocas y de ramas, en el que no podía penetrar la vista del batelero, á un hombre y á una mujer, á Ebenezeer y á *Deruchette*.

Los reductos sombríos de la orilla del mar, que parece que invitan á tomar el baño, no están siempre solitarios, como se cree. Observan y oyen algunas veces, á los que en ellos se ocultan por entre las espesuras de las vejetaciones y de las rocas, ojos curiosos.

Deruchette y Ebenezeer estaban en pie frente á frente, mirándose y cogidos de las manos. *Deruchette* estaba hablando; Ebenezeer la oía silencioso, y una lágrima, cuajada y detenida en sus párpados, vacilaba sin caer.

El desconsuelo y la pasión habían impreso sus huellas en la frente religiosa de Ebenezeer, y en su fisonomía se adivinaba dolorosa resignación. Su semblante, sencillamente angélico hasta entonces, empezaba á marcar fatal expresión. El que hasta entonces solo había meditado en el dogma, meditaba sobre la suerte, que es maligna meditación para un sacerdote, porque descompone la fé, y no hay nada que perturbe tanto como flotar en lo desconocido. El hombre es juguete de los acontecimientos, y la vida es un estado de expectativa perpétua. No sabemos por qué parte descenderá bruscamente el azar. Las catástrofes y las felicidades entran y salen, como personajes desconocidos; tienen su ley, su órbita y su gravitación fuera del hombre. La virtud no conduce á la felicidad, el crimen no conduce á la desgracia; la conciencia tiene su lógica y la suerte tiene otra lógica diferente, entre las que no hay coincidencia recíproca. Nada puede preverse. Vivimos amenazados de golpes inesperados. La conciencia es la línea recta, pero la vida es un torbellino, y este torbellino arroja inesperadamente á la cabeza del hombre caos negros y cielos azules. La suerte no conoce el arte de las transiciones, y algunas veces su rueda gira con tanta

velocidad, que el hombre distingue apenas el intervalo que media de una peripetia á otra y el eslabon que enlaza el dia de ayer con el de hoy. Ebenezer era un creyente que racionaba y un sacerdote apasionado. Las religiones que prescriben el celibato clerical obran con acierto, porque nada destruye tanto al sacerdote como amar á una mujer.

Contemplaba demasiado á Deruchette.

Aquellos dos seres se idolatraban. En las pupilas de Ebenezer brillaba la adoracion muda que acompaña á la desesperacion.

Deruchette decia:

—No partireis. Me falta valor para veros partir: creia poder deciros adios y no puedo. No es culpa mia. ¿Por qué vinisteis ayer, para marcharos hoy? Nunca os habia hablado; os amaba, pero no lo sabia. La primera vez que os ví, cuando el reverendo Hérode leyó la historia de Rebeca y vuestras miradas se encontraron con las mias, se me abrasaron las mejillas, y pensé en mi interior: ¡Cómo debió ruborizarse Rebeca! Si hace algunos dias me hubieran dicho que os amaba, no lo hubiera creido; esto es precisamente lo más terrible de mi amor. El amor se ha apoderado de mí á traicion y encontrándome descuidada. Iba á la iglesia; os veia, como todo el mundo. No os acrimino; nada hicisteis para que os amase; únicamente me mirábais, esto no tiene nada de particular; pero vuestras miradas han conseguido que os ame. No puedo explicarme lo que me ha sucedido. Me hablábais de arcángeles y vos sois el arcángel. Antes de veros no sé si creia en Dios; despues creo y rezo. Le decia á Dulce que me vistiese pronto, porque no queria llegar tarde á los oficios, y corria á la iglesia. Ahora comprendo que era para amar á un hombre; entonces lo ignoraba y extrañaba volverme tan devota. Me habeis hecho comprender que yo no iba á la iglesia por ser religiosa, sino por veros. Sois hermoso, hablais muy bien, y cuando levantábais los ojos al cielo, me parecia que elevábais mi corazon con vuestras dos manos blancas. Estaba loca y no lo sabia. Vuestra única culpa consiste en entrar ayer en el jardin y en haberseme declarado. Si nada me hubiérais dicho, yo nada sabia. Hubiérais partido; quizás me hubiera quedado triste y melancólica, pero ahora partireis y moriré. Ahora que sé que os amo, no es posible que os separeis de mí. ¿Qué estais pensando? No me escuchais?

—Ya sabeis lo que ayer dijo vuestro padre, respondió Ebenezer.

—Ay! por desgracia lo sé.

—Cómo he de oponerme?

Callaron un instante. Ebenezer añadió:

—No tengo más remedio que partir.

—Entonces me condenais á muerte.

Por qué os dirigisteis á mí? Despues de decirme que me amábais, ya no podeis partir. Si os ausentais os aseguro que moriré. Tengo el corazon destrozado. Soy muy desdichada! Mi tio, sin embargo, es bueno.

Por la primera vez en su vida Deruchette llamaba á Mess Lethierry *tio*. Hasta entonces siempre le habia llamado *padre*.

Ebenezer retrocedió un paso, haciendo una señal al batelero. Se oyó el ruido de los remos y se vió que la lancha se aproximaba.

—No! No! exclamó Deruchette.

Ebenezer se acercó á ella y la dijo:

—Es preciso.

—Es imposible. ¡Abandonarme por una máquina! ¡Dejarme en poder de aquel hombre horroroso! No, no podeis abandonarme. Teneis ingenio y ya encontrareis el medio de vencer este obstáculo. No es posible que me hayais citado aquí con la idea de que os vea partir. No os he hecho ningun daño, ni os he dado ningun motivo de queja. ¿Quereis iros en el buque que tenemos á la vista? No quiero; no me abandonareis. No me habeis enseñado el cielo para privarme de él. Os quedareis aquí conmigo. Yo te amo!

Abrazándole, cruzó los dedos de las dos manos detrás del cuello de Ebenezer para formar con sus brazos un vínculo que le sujetase y para dirigir con las manos juntas una súplica á Dios; pero el jóven desató aquel nudo delicado, que resistió todo lo que pudo.

Deruchette cayó sentada sobre una roca saliente cubierta de hiedra, levantando con un gesto maquinal la manga del vestido hasta el codo, y enseñó su hermoso brazo desnudo, con ojos pálidos é inmóviles. La lancha se acercaba.

Ebenezer cogió entre sus manos la cabeza de Deruchette, tocando sus cabellos con una especie de precaucion religiosa; fijó algunos instantes su mirada en ella; depositó un beso en su frente, y con el acento de suprema angustia, que hacia traslucir que se arrancaba el alma, la dijo:

—Adios!



¿POR QUÉ NO OS CASAIS?

Deruchette prorumpió en sollozos.

En aquel instante una voz lenta y grave preguntó:

—Por qué no os casais?

Ebenezeer volvió la cabeza, Deruchette levantó los ojos, y vieron á Gilliatt.

Gilliatt no era ya el hombre del día anterior. Iba peinado y afeitado, con zapatos; llevaba camisa blanca de marinero, con cuello doblado y ancho; vestía su mejor traje. En su dedo meñique brillaba una sortija de oro. Aunque parecía tranquilo, su semblante estaba lívido.

Le contemplaron atónitos. A pesar del diferente aspecto que ofrecía, Deruchette le reconoció; pero las palabras que acababa de pronunciar estaban tan distantes de lo que les ocupaba en aquellos momentos, que se deslizaron por sus espíritus sin comprenderlas.

Gilliatt añadió:

—No teneis necesidad de separaros. Casaos y partid juntos.

Deruchette se estremeció, temblando de pies á cabeza.

Gilliatt prosiguió hablando:

—Miss Deruchette tiene ya veintiun años y no necesita licencia de su tío para casarse, conque...

Deruchette, interrumpiéndole, le preguntó:

—Cómo es que estais aquí?

—Casaos, volvió á decir impertérrito Gilliatt.

—Mi pobre tío...

—Negaría el consentimiento si la boda se verificase, repuso Gilliatt; pero cuando esté consumado el acto, lo aprobará. Además, vais á partir, y cuando volvais os perdonará.

Después de una pausa, añadió Gilliatt con acento amargo:

—Ahora solo piensa en reconstruir su buque, que le distraerá durante vuestra ausencia. Le consolará la *Duranda*.

—No quisiera causar á nadie pesadumbre, tartamudeó Deruchette, con asombro mezclado de alegría.

—Las pesadumbres duran poco tiempo, contestó Gilliatt.

Ebenezeer y Deruchette habian experimentado una turbacion y un deslumbramiento de los que ya se reponian, y poco á poco iban comprendiendo el sentido de las palabras de Gilliatt. Veian que iba desapareciendo el obstáculo y no se oponian á su desaparicion. Dejaban que los salvase el que queria salvarlos. Solo le oponian objeciones débiles. No se rehusa con empeño volver á

entrar en el Eden. Aquel hombre les decía: Casaos. Si para verificarse ese acto se contraia alguna responsabilidad, él la aceptaba completamente. Deruchette conocia confusamente que él estaba en su derecho. Lo que decía de Mess Lethierry era cierto. Ebenezeer, pensativo, murmuraba:—“Un tío no es un padre.”. Sufria la corrupcion casuística de una peripecia súbita y dichosa. Los posibles escrúpulos del sacerdote se fundian y se disolvian en el corazon del enamorado.

La voz de Gilliatt, breve y dura, hacia presentir las pulsaciones de la fiebre.

—Partid en seguida. El *Cashmere* se hace á la vela dentro de dos horas; solo os queda el tiempo preciso. Vamos.

Ebenezeer le contemplaba atentamente. De pronto exclamó:

—En este instante os reconozco; vos fuisteis el que me salvó la vida.

Gilliatt le respondió:

—No me acuerdo.

—En la punta de los Banques.

—No conozco ese sitio.

—Sí, sí; el día de mi llegada.

—No perdamos el tiempo, repuso Gilliatt.

—Si no estoy equivocado, sois el hombre de ayer noche.

—Tal vez.

—Cómo os llamais?

Gilliatt levantó la voz:

—Barquero, esperanos. Miss, me preguntásteis por qué estoy aquí, y os respondo que os he seguido. Teneis veintiun años, y en este país, cuando las personas son mayores de edad y solo dependen de sí mismas, pueden casarse en un cuarto de hora. Tomemos el sendero que está á la orilla del mar, podemos ir y venir por él, porque la marea no subirá hasta medio día, pero no podemos perder ni un minuto. Seguidme.

Deruchette y Ebenezeer parecia que se consultaban con las miradas. De pié, uno al lado de otro y sin moverse, parecian atontados. Se ven estas extrañas vacilaciones en el borde del abismo de la felicidad.

—Se llama Gilliatt, dijo en voz baja Deruchette á Ebenezeer.

Gilliatt repitió con cierta autoridad:

—Qué esperais? Os dije que me siguiérais.

—A dónde? preguntó Ebenezeer.

—Allá.

Gilliatt indicó el campanario de la iglesia.

Los amantes le siguieron; él iba delante con paso firme; ellos vacilaban.

A medida que se acercaban al campanario, en los semblantes de Ebenezeer y de Deruchette se iba insinuando la sonrisa; la aproximación a la iglesia les iluminaba. Los ojos de Gilliatt estaban foscos; parecía un espectro que conducía dos almas al paraíso.

Ebenezeer y Deruchette no se daban cuenta exacta de lo que iba a suceder. La intervención de aquel hombre era para ellos como la rama a que se agarra el que se ahoga. Le siguieron con la docilidad que sigue el desesperado al primero que llega. El que se siente morir acepta con facilidad cualquier incidente. Deruchette, como la más ignorante, era la más confiada. Ebenezeer estaba muy pensativo.

Deruchette era mayor de edad. Las formalidades del matrimonio inglés son muy sencillas, sobre todo en los países autómatas, donde los rectores de parroquia tienen poder casi discrecional: pero consentiría el dean en la celebración del matrimonio sin informarse de si el tío lo aprobaba? Nada, sin embargo, perdían probándolo; de todos modos conseguían una próroga.

Si aquel hombre era el mismo que Lethierry deseaba tener por yerno, ¿cómo podía explicarse su modo de obrar? El que debía ser obstáculo, se convertía en Providencia para los dos amantes. Ebenezeer se convenía, pero dando a este suceso el consentimiento tácito del hombre que acepta su único camino de salvación.

La senda era desigual, llena de baches, y en algunos puntos estaba obstruida por pedruscos y por rocas. Ebenezeer caminaba distraído, y Gilliatt le decía de vez en cuando:

—Cuidad de no tropezar con las piedras y dad la mano a miss.

III.

Lo que prevé la abnegación.

Dando las diez y media entraban en la iglesia, que por ser esa hora y por el acontecimiento del día estaba solitaria.

Cerca de la mesa que en las iglesias reformadas reemplaza al altar había tres personas: el dean, el evangelista y el registrador. El dean era el reverendo Jaquemin Hérode, que estaba sentado; el evangelista y el registrador en pie.

Sobre la mesa se hallaba el libro abierto. A su lado estaba también abierto el

libro de registro de la parroquia, en el que había una página recientemente escrita, y la tinta no estaba seca aun. Al lado del libro-registro había un tintero con pluma.

Al entrar el reverendo Ebenezeer Caudray, el reverendo Jaquemin Hérode se levantó.

—Os estoy esperando, dijo; todo está preparado.

El dean, efectivamente, llevaba el traje de oficiar.

—Estoy a vuestras órdenes.

Dijo esto saludando a su colega y mirándole directamente, pues para el dean solo estaba allí presente Ebenezeer, que era elergyman y gentleman, como si dijéramos de la aristocracia del clero é hijodalgo. El dean no comprendía en su saludo ni a Deruchette, que estaba a su lado, ni a Gilliatt, que estaba detrás. La conservación de esas distinciones forma parte del buen orden y consolida las sociedades.

El dean repuso con amenidad graciosamente altiva:

—Os felicito doblemente. Vuestro tío ha muerto y os casais; por una parte sois rico y por otra feliz. Además, Mess Lethierry va a reconstruir su *Duranda* y vuelve también a ser rico. Lo celebro, porque ha nacido en esta parroquia, y yo apunté la fecha de su nacimiento en el registro. Quereis casaros inmediatamente porque teneis necesidad de salir de la isla. Lo comprendo; pero celebrando el matrimonio de un rector de parroquia, hubiera deseado darle solemnidad. Sin embargo, lo abreviaré por complaceros. Lo esencial puede consignarse en el sumario. El acta ya la tengo extendida en el registro; solo falta que la firméis. Según la ley y según la costumbre, el matrimonio puede celebrarse inmediatamente después de la inscripción. La declaración que se necesita para la licencia se hizo debidamente. Yo asumo la responsabilidad de una irregularidad insignificante; esto es, de que la demanda de la licencia debe registrarse con siete días de anticipación; pero paso sobre esta fórmula por la necesidad y por la urgencia de vuestra partida. Voy a casaros. Mi evangelista será el testigo del esposo; en cuanto al testigo de la esposa...

El dean se volvió hacia Gilliatt. Este le contestó con un signo afirmativo de cabeza.

—Pues no se necesita más, dijo el dean.

Ebenezeer estaba inmóvil; Deruchette en éxtasis, como petrificada.

El dean continuó:

—Ahora, sin embargo, se presenta un obstáculo.

Deruchette hizo un movimiento. El dean prosiguió:

—El enviado de Mess Lethierry, que está aquí presente y que pidió por vos la licencia y firmó la declaración en el registro, dijo señalando a Gilliatt, me dijo que estando Lethierry muy ocupado para venir personalmente, deseaba que esto no fuera óbice para que el casamiento se verificase en seguida; pero no basta expresar este deseo verbalmente. Por las dispensas, que es preciso otorgar, y por la irregularidad de que soy responsable, no puedo proceder con ligereza, y debo informarme por mí mismo de la voluntad de Mess Lethierry, a no ser que éste me manifieste su deseo bajo firma. Necesito esta seguridad.

—Pues esta dificultad está zanjada, contestó Gilliatt, entregando un papel al dean.

El dean lo tomó, echó sobre él una ojeada, sin duda para omitir la lectura de algunas líneas inútiles, y leyó en alta voz:

—“Vete a casa del dean para sacar las dispensas. Deseo que el matrimonio se verifique cuanto antes; si puede ser, hoy mismo.”

Dejó el papel encima de la mesa y prosiguió hablando:

—Está firmado por Lethierry. Hubiera sido en él más respetuoso dirigirme la carta; pero puesto que se trata del matrimonio de un colega, lo doy por bien hecho.

Ebenezeer lanzó a Gilliatt una mirada significativa; hay almas que se comprenden. Ebenezeer adivinó que engañaba al reverendo dean, pero no tuvo fuerza ni intención para denunciarle. No dijo ni una sola palabra, ya por obedecer al heroísmo latente que vislumbraba, ya porque le aturdiere la conciencia el golpe de felicidad que acababa de recibir.

El dean tomó la pluma y, con ayuda del registrador, llenó los blancos de la página escrita en el registro, y después invitó a Ebenezeer y a Deruchette a que se acercasen a la mesa.

La ceremonia empezó.

Ebenezeer y Deruchette estaban juntos delante del ministro. El que haya soñado que se casa ó el que en realidad se

ha casado, experimenta lo que ellos experimentaban.

Gilliatt estaba oculto en la oscuridad de los pilares, a alguna distancia de ellos.

Al levantarse por la mañana Deruchette, pensando, con la desesperación que de ella se había apoderado, en el ataúd y en el sudario, se vistió de blanco (1); iba, pues, vestida para la boda. El traje blanco caracteriza a la desposada, y la tumba es también un casamiento.

Deruchette resplandecía de felicidad y estaba como nunca. Su belleza pecaba por exceso de gracia, si por exceso de gracia se puede pecar. Deruchette, en el estado normal, es decir, sin pasión y sin dolor, era esencialmente gentil, como ya otra vez lo hemos dicho. Se transfiguraba en virgen ideal. Deruchette, engrandecida por el amor y por el sufrimiento, había tenido, si esta palabra se nos permite, anticipación súbita. Conservaba el mismo candor, pero con más dignidad; la misma frescura, pero con más perfume. Era una margarita convertida en lirio.

Sus mejillas aun estaban húmedas del llanto, ya extinguido. Parecía que quedaba aun alguna lágrima en algun rincón de su sonrisa.

El dean, en pie junto a la mesa, poniendo un dedo sobre la Biblia abierta, preguntó en alta voz:

—No hay quién se oponga?

Nadie respondió.

—Amén, dijo el dean.

Ebenezeer y Deruchette se acercaron un poco más al reverendo Jaquemin Hérode, que prosiguió hablando de este modo:

—Joe Ebenezeer Caudray, ¿quieres tomar a esta mujer por esposa?

Ebenezeer respondió:

—Quiero.

El dean repuso:

—Duranda Deruchette Lethierry, ¿quieres tomar a este hombre por marido?

La jóven, cuya alma agonizaba de alegría, como la lámpara se apaga por tener demasiado aceite, balbuceó:

—Quiero.

Después, siguiendo lo prescrito por el rito del matrimonio anglicano, el dean miró a su alrededor, y dirigiéndose a la parte oscura de la iglesia, hizo esta pregunta solemne:

(1) En las islas de la Mancha, y en otras partes, el vestido blanco es traje de boda y de luto.

—Quién dá esta mujer á este hombre?

—Yo, contestó Gilliatt.

Hubo unos instantes de silencio. A pesar del encanto que envolvía á Ebenezeer y á Deruchette, sintieron no sé qué vaga opresión.

El dean puso la mano derecha de Deruchette en la mano derecha de Ebenezeer. Este dijo á la jóven:

—Deruchette, te tomo por esposa; ya seas mejor ó peor, más rica ó más pobre, enferma ó sana, te tomo para amarte hasta la muerte y te entrego mi fé.

El dean puso la mano derecha de Ebenezeer en la mano derecha de Deruchette. La jóven dijo al rector:

—Ebenezeer, te tomo por marido; ya seas mejor ó peor, más rico ó más pobre, enfermo ó sano, te tomo para amarte y obedecerte hasta la muerte y te entrego mi fé.

El dean preguntó:

—Dónde está el anillo?

Esto era imprevisto. Ebenezeer, arrastrado á la iglesia de improviso, no llevaba el anillo.

Gilliatt se quitó la sortija de oro que llevaba en el dedo meñique y se la entregó al dean. Sin duda alguna era el anillo nupcial que vendió por la mañana el joyero de Comercial-Arcade.

El dean dejó un momento el anillo sobre el Libro. Despues se lo entregó á Ebenezeer. Este tomó á Deruchette la mano izquierda, que le temblaba, la introdujo el anillo en el dedo anular y dijo:

—Te ligo con este anillo.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, añadió el dean.

—Que así sea, dijo el evangelista.

El dean levantó la voz, exclamando:

—Oremos.

Ebenezeer y Deruchette se volvieron hácia la mesa y se arrodillaron.

Gilliatt permaneció en pié con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Los esposos se prosternaban ante Dios; él se doblaba bajo el peso de su destino.

IV.

Para tu mujer cuando te cases.

Quando salieron de la iglesia se fijaron en que el *Cashmere* empezaba á aparejar.

—Llegareis á tiempo, les dijo Gilliatt.

Volvieron á tomar la senda del Havelet; ellos iban delante, él detrás. Los jó-

venes esposos eran dos sonámbulos. No habian hecho otra cosa, por decirlo así, que cambiar de alucinacion. Ni sabian dónde estaban ni lo que hacian; andaban maquinalmente, no se acordaban de nada, se sentian el uno en el otro y no podian enlazar las ideas. Durante el éxtasis no se puede pensar, como no se puede nadar en el torrente. Desde su profunda oscuridad se habian precipitado bruscamente á un Niágara de alegría. Pudiera decirse que experimentaban felicidad de paraíso. No se hablaban con la lengua, pero se hablaban con el alma. Deruchette apretaba contra el pecho el brazo de Ebenezeer.

De vez en cuando el rumor de los pasos de Gilliatt, que iba detrás de ellos, les recordaba que estaba allí. Se encontraban en un estado delicioso, pero abrumador. Debían á Gilliatt el estar casados; Gilliatt se habia portado muy bien con ellos; esto es todo lo que pensaban, y desde el fondo de sus corazones le daban las gracias de una manera vaga. Deruchette comprendía que tenia que desentredar algo en este acontecimiento, pero lo dejaba para más tarde; mientras, lo aceptaba. Entrambos se sentian dependientes de aquel hombre decisivo y súbito, que creían autorizado para hacerlos felices; pero les era imposible preguntarle ni hablar con él, porque se precipitaban á la vez sobre ellos demasiadas impresiones. Era perdonable su ensimismamiento.

Los hechos caen á veces como una granizada; os acribillan y os atontan. La brusquedad de los incidentes, desplomándose sobre existencias habitualmente tranquilas, hacen pronto ininteligibles los acontecimientos á los que sufren ó á los que los aprovechan. Se ven aplastados sin adivinar cómo ó coronados de dicha sin saber por qué. Sobre todo Deruchette habia en muy pocas horas recibido todas las conmociones; primero el deslumbramiento que le produjo Ebenezeer entrando en el jardín; en seguida la pesadilla que le causó aquel monstruo declarado su marido; luego la desolacion que le causaba la ausencia del ángel que abría sus alas para partir; luego la alegría inaudita con que la inundó el monstruo al entregarle el ángel; su matrimonio brotando de su agonía; la catástrofe de ayer, la salvacion de hoy. No veía claro nada de todo esto. Era evidente que desde el amanecer, Gilliatt solo se ocupó de los preparativos de la boda; él la arregló completamente;

respondió por Mess Lethierry, se avistó con el dean, le pidió la licencia y firmó la declaracion requerida; por eso pudo verificarse instantáneamente el casamiento. Deruchette no lo comprendía, y aunque hubiese comprendido el cómo, no podia comprender el por qué.

No podia hacer otra cosa más que cerrar los ojos, dar gracias mentalmente, olvidar la tierra y la vida, dejarse llevar al cielo por aquel complaciente diablo. Una aclaracion era demasiado larga y un agradecimiento era demasiado poco. Estaba aletargada con el dulce embrutecimiento de la felicidad.

Debajo del agua existen partes esponjosas que permanecen siempre blancas. Le quedaba la cantidad precisa de luz que se necesita para distinguir el mar de la tierra y el *Cashmere* de cualquier otro buque. En pocos minutos llegaron al Havelet.

Ebenezeer entró el primero en la lancha, y al ir á seguirle Deruchette, sintió que le tiraban del vestido. Era Gilliatt, que la habló de este modo:

—Como no pensábais partir, y no teníais nada preparado, he creído que podríais necesitar algunos trajes y ropa blanca. A bordo del *Cashmere* encontrareis un cofre que está lleno de ropa de mujer. Lo heredé de mi madre. Le destinaba para la mujer que se casase conmigo, pero permitidme ofrecéroslo.

Deruchette se despertó de su ensimismamiento y se volvió hácia Gilliatt; éste, con voz tan baja que apenas se oía, continuó diciendo:

—No os hablo ahora para retardar vuestro viaje, sino porque creo que es menester que os dé algunas explicaciones. El dia que se supo en las Bravées el naufragio de la *Duranda*, estábais sentada en la sala baja y empenásteis una palabra. No la recordais ya, y lo comprendo. Nadie está obligado á recordar todas las palabras que dá. Mess Lethierry estaba profundamente afectado. Verdad es que el buque perdido era bueno y prestaba grandes servicios. Circuló la noticia del desastre y puso al pais en conmocion; pero todo esto se ha olvidado. Es el único buque que se ha perdido en los escollos Douvres, pero siempre no se ha de estar pensando en un accidente. Como nadie queria ir á salvar á la máquina, como nadie se atrevia, tuve yo esa audacia. Todos decían que era imposible, pero lo imposible ha sido otra cosa. Os agradezco que me hayais oido un instante y que comprendais que si

yo fui allí, no fui por ofenderos. El pensamiento que me llevó á salvar la máquina me agitaba ya muchos años. Sé que teneis prisa. Si tuviéseis tiempo, hablaríamos y recordaríamos algo, aunque estos recuerdos para nada sirven. Mi adoracion empezó un dia que nevaba. Despues, una vez que pasé por vuestro lado, me pareció que me habíais sonreído. Esto lo explica todo. Ayer no habia tenido tiempo aun de entrar en casa; acababa de terminar un trabajo rudo, llegué completamente destrozado, os causé miedo, y os sentisteis indispuerta; no hice lo que debía: nadie debe presentarse ante la mujer adorada como me presenté yo; os suplico que me perdoneis. Esto es casi todo lo que os queria decir. Vais á partir y tendreis buen tiempo; sopla el viento del Este. Adios. Supongo que no encontrareis inconveniente que os hable un minuto por última vez.

—¿Por qué no conservais ese cofre para vuestra esposa cuando os caseis? en vez de responder, le preguntó Deruchette.

—Porque probablemente no me casaré, contestó Gilliatt.

—Pues será lástima, porque sois bueno.

Deruchette se sonrió; Gilliatt le devolvió la sonrisa, y despues la ayudó á entrar en la lancha.

Transcurridos algunos minutos el bote que conducía á Ebenezeer y á Deruchette abordaba en la rada al *Cashmere*.

V.

La gran tumba.

Gilliatt, siguiendo la orilla del mar, pasó rápidamente por Saint-Pierre Port y se dirigió hácia Saint-Sampson por veredas ocultas y evitando los sitios concurridos, que para admirar su proeza se llenaban de transeuntes.

Sabido es que desde hace mucho tiempo tenia habilidad para cruzar por todas partes el pais sin que nadie le viese. Conocia todas las veredas y todos los itinerarios aislados y tortuosos, pues desde niño era arisco, porque sabia que era antipático en el pais.

Dejó atrás la esplanada y luego la Salerie. De vez en cuando volvia la cabeza para mirar en la rada al *Cashmere*, que acababa de partir. Hacia poco viento y Gilliatt caminaba más que el buque. Gilliatt trepaba por las últimas

rocas de la orilla del mar con la cabeza baja. El flujo comenzaba á subir.

Se paró un momento de espaldas al mar y contempló durante algunos minutos un bosquecillo de encinas situado más allá de los peñascos que ocultan el camino del Valle. Allí, en otro tiempo, bajo aquellos frondosos árboles, la mano de Deruchette escribió su nombre sobre la nieve.

Después prosiguió su camino.

Hacia un día deslumbrador; aquella mañana tenía algo de nupcial. Era una de las hermosas mañanas de Mayo, en las que la creación parece que esté de fiesta y sea feliz. Parecía que formaban un arrullo todos los rumores, los del bosque, los de la ciudad, los de las olas y los de la atmósfera. Las mariposas se posaban sobre las primeras flores. Todo estaba renovado en la naturaleza: las yerbas, los musgos, las hojas, los perfumes, los rayos de luz. Parecía que el sol no había servido nunca. Las guijas estaban recién lavadas. Cantaban en los árboles pájaros nacidos el día anterior; es probable que la cáscara del huevo rota estuviera aun en el nido. Ensayos de alas se agitaban entre el temblor de las ramas. Cantaban su primer canto y volaban su primer vuelo infinidad de pajarillos. Las lilas, los lirios y otras muchas variedades de flores formaban confusión de colores exquisitos. La preciosa lentejuela de agua que existe en Guernesey cubría los pantanos con una sábana de esmeralda. Por todos los espacios que dejaba la vegetación se entreveía el azul del cielo. Nubecillas lascivas se perseguían en la azulada bóveda con ondulaciones de ninfas. Creíase sentir el roce de besos que se enviaban bocas invisibles. Los endrinos y los citisos estaban en flor; se veían racimos de flores blancas y amarillas que centelleaban entre las ramas cruzadas. La primavera echaba toda su plata y todo su oro en el inmenso canasto de los bosques. Los renuevos estaban frescos y verdes. Se oían en el aire gritos de regocijo. El verano hospitalario abría sus puertas á los pájaros de países lejanos. Era el momento de la llegada de las golondrinas. Lo elegante y lo bello estaban relacionados; lo soberbio se completaba con lo gracioso; lo grande no ahogaba á lo pequeño; no se perdía ninguna nota del concierto; las magnificencias microscópicas ocupaban su sitio en el cuadro de la hermosura universal, en el que todo se veía como en una agua

limpia. En todas partes divina plenitud y turgencia misteriosa hacia comprender el esfuerzo pánico y sagrado de la savia laboriosa. Lo que brillaba, brillaba más, y lo que amaba, amaba mejor. La grande armonía difusa se dilataba. Cierta turbación, que venía así de abajo como de arriba, conmovía vagamente los corazones, corruptibles á la influencia dispersa y subterránea de los gérmenes. La flor prometía el fruto; la virgen soñaba: la reproducción de los seres, que premeditaba la inmensa alma de la oscuridad, se esbozaba en la irradiación de las cosas. En todas partes se veían desposorios. Se celebraba un himeneo infinito y universal. La vida se apareaba con el instinto. Reinaba un tiempo claro y cálido; entre los vallados y dentro de las cercas se veían niños riendo y jugando. Corrían entre las piedras insectos enteramente dorados. La siempreviva, en plena florecencia, adornaba los lechos de bálago. Los zánganos de las colmenas estaban fuera, las abejas trabajaban dentro. La naturaleza permeable en la primavera estaba húmeda de voluptuosidad.

Cuando Gilliatt llegó á Saint-Sampson no había agua en el fondo del puerto y le cruzó á pié seco, pasando desapercibido por detrás de los cascos de los buques que estaban carenando ó recorriendo.

Gilliatt pasó sin ser visto, porque la multitud se apiñaba en el otro extremo del puerto, cerca de la casa de las Bravées.

Vió de lejos su barco en el punto mismo en que le dejó amarrado, con la chimenea de la máquina entre las cuatro cadenas, el movimiento de los calafates que trabajaban, siluetas confusas de gentes que iban y venían, y oyó la voz ronca y alegre de Mess Lethierry que daba órdenes.

Después siguió su camino.

Nadie había detrás de las Bravées y Gilliatt siguió la senda que pasaba por la tapia baja del jardín. Se paró en el ángulo en que crecía la malva campestre; reconoció la piedra en que él se sentó, el banco de madera en que se sentaba Deruchette y la alameda donde vió abrazarse las dos sombras.

Trepó por la colina del castillo del Valle, volvió á bajar y se dirigió al Bú de la Calle.

El Houmet-Paradis también estaba solitario.

En su casa había abierta una venta-



MUERTE DE GILLIAT.

na, que desde fuera permitía ver el bug-pipe colgado de un clavo, y encima de la mesa descansaba la pequeña Biblia que Ebenezer dió en agradecimiento á Gilliatt. La llave estaba en la cerradura; cerró la puerta con doble vuelta, se metió la llave en el bolsillo y se alejó.

Pero no se alejó por el lado de tierra, sino por el lado del mar.

Atravesó diagonalmente su jardín sin tener miramiento con los acirates, pero procurando no pisar las plantas que, por ser favoritas de Deruchette, había cultivado.

Franqueó el parapeto y descendió á las rompientes.

Siguió la larga y estrecha línea de arrecifes que enlaza el Bú de la Calle con el obelisco grande de granito que se levanta en medio del mar y se llama el Cuerno de la Bestia, que es donde estaba la Silla Gild-Holm-Ur.

Saltaba de un arrecife á otro, como un gigante de una á otra colina. Una pescadora que recorría con los piés desnudos á alguna distancia de él los charcos que había dejado la marea, le gritó:—¡Id con cuidado! El mar está subiendo!

Pero él continuaba avanzando.

Llegó al Cuerno de la Bestia y se paró. Allí terminaba la tierra.

En alta mar estaban pescando algunas barcas ancladas, en las que de vez en cuando reflejaba el sol arroyos de plata, que formaba las salidas de las redes del agua. El *Cashmere* no había llegado aun á la altura de Saint-Sampson; se encontraba entre Herm y Gethou.

Gilliatt dió la vuelta alrededor de la roca y se encontró al pié de la Silla Gild-Holm-Ur, al pié de la escalera gastada, por la que tres meses atrás ayudó á bajar á Ebenezer. El la subió. Estaban ya la mayor parte de sus escalones debajo del agua; solo quedaban en seco dos ó tres. Gilliatt se encaramó por ellos y llegó á la Silla, despues se sentó en el hueco de la roca, teniendo á sus espaldas la escarpadura y á sus piés el Océano.

En aquel instante el *Cashmere* se colocó á lo largo de la torre redonda y sumergida, que custodia un cabo de escudra y un cañon, y que marca en la rada la mitad del camino entre Herm y Saint-Pierre Port.

Sobre la cabeza de Gilliatt algunas flores se estremecían en las hendiduras de las rocas. El agua presentaba un azul limpio. Como soplabá el viento del Este, había poca resaca alrededor de Serk, desde donde solo se veía la costa más

occidental de Guernesey. Francia se distinguía á lo lejos como una bruma.

Como el *Cashmere* tenía poco viento, izó sus arrastraderas para coger la brisa. Navegaba á todo trapo, pero como el viento era de costado, las arrastraderas le obligaban á cerrar de muy cerca la costa de Guernesey. Había traspasado ya la valiza de Saint-Sampson y llegaba á la colina del castillo del Valle. Iba ya á doblar la punta del Bú de la Calle.

Gilliatt lo veía venir.

El aire y el agua estaban como adormecidos. La marea no se verificaba por oleadas, sino por hinchazon. El nivel del agua subía sin palpitaciones. El rumor de alta mar era tan débil como el soplo de un niño.

El *Cashmere* se acercaba con lentitud fantástica.

Gilliatt le esperaba.

De repente sintió una sensación de frio que le hizo mirar á bajo; el agua le mojaba los piés.

Bajó los ojos y luego los volvió á levantar. Tenía muy cerca ya al *Cashmere*.

El acantilado, donde las lluvias construyeron la Silla Gild-Holm-Ur, era tan vertical y tenía tanto fondo, que en tiempo de calma los buques pasaban sin peligro muy cerca de las rocas.

El *Cashmere* llegó, adquiriendo gran tamaño. Parecía que crecía debajo del agua. En el cielo claro se destacó su aparejo negro, que apenas movía el suave balanceo del mar. Las largas velas, superpuestas un momento al sol, se hicieron casi rosadas y adquirieron inefable transparencia. Las olas apenas murmuraban. Ningun ruido turbaba el majestuoso deslizamiento de la silueta del buque.

El *Cashmere* pasó rozando casi con las rocas.

El timonel estaba junto á la bitácora; un grumete trepaba por los obenques; algunos pasajeros, apoyándose en la borda, admiraban la serenidad del tiempo; el capitán fumaba. Nada de eso veía Gilliatt; veía otra cosa.

Se fijaba en la cubierta, en un punto que bañaba el sol, en el que, inundados de luz, Ebenezer y Deruchette estaban sentados juntos. Al lado uno de otro y muy cerca, como dos pájaros que se vivifican al calor del mismo rayo de sol, estaban en uno de los bancos cubiertos con toldo embreado, que los buques bien dispuestos ofrecen á los viajeros. Deru-